



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Francisco Bilbao: pasión por América

Autor: Corral Corral, Manuel de Jesús

Forma sugerida de citar: Corral, M. J. (1997). Francisco Bilbao: pasión por América. *Cuadernos Americanos*, 2(62), 231-248.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 62, (marzo-abril de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

FRANCISCO BILBAO: PASIÓN POR AMÉRICA

Por *Manuel de Jesús* CORRAL C.
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

POCOS HOMBRES TAN APASIONADOS aparecen en el ámbito latinoamericano de la primera mitad del siglo XIX como el político y escritor chileno Francisco Bilbao. Su vida, que va de 1823 a 1865, fue una aventura y una apuesta por la emancipación intelectual de los hombres de la América del Sur después de que estos países alcanzaron su independencia política. A esta tarea consagró su pensamiento, marcado por las ideas filosóficas y literarias de su tiempo, y su acción, urgida por la fuerza de los movimientos sociales y políticos de ese momento. La pasión de su pensamiento radical y el verbo encendido que trasluce su obra ha hecho decir a Luis Alberto Sánchez que Bilbao fue un "hombre hoguera, que se quemó en su mismo fuego".¹

Tres rasgos sobresalientes cabría destacar en este trabajo sobre el pensamiento y la obra de Bilbao: su fe en el poder emancipatorio de la razón, su adscripción teórico-literaria al romanticismo y su visión continental en relación con la defensa de la unidad y de la soberanía de la América del Sur.

1. De la conciencia falseada a la conciencia verdadera

UBICADO en el contexto del desgarramiento interno de los países latinoamericanos recién llegados a la escena mundial como independientes y faltos de organización, Bilbao experimenta la sensación de desengaño y desilusión por el poco avance de las ideas ilustradas y del republicanismo en las nuevas naciones. Los mejores sueños de los próceres no avanzan en América del Sur debido a las

¹ Luis Alberto Sánchez, "Prólogo" a *La América en peligro*, Santiago de Chile, Ercilla, 1941, p. 23; las citas a las obras de Francisco Bilbao a lo largo de este artículo están tomadas de este volumen.

pugnas por el poder, a la ambición de individuos y grupos, “el patriarcado de los caudillos”,² como él lo llama, que buscan mantener sus privilegios, pero, más que nada, a la persistencia de aquello que constituye la “enfermedad crónica”³ de estos países: el catolicismo conservador que —a decir de Tulio Halperin Donghi— era una parte del orden político dominante,⁴ con su principio básico, pero absurdo, de la obediencia ciega.

La obediencia ciega es la causa moral de la situación de decadencia de estas repúblicas gobernadas como monarquías en donde abundan los “pontífices infalibles”, como es el caso de Francia y López en Paraguay, o “la infalibilidad inapelable” de la muerte como sucede con Rosas en Argentina o, “el cinismo de una conciencia que hacía apoteosis de la autoridad” como Monagas, Flores y Santa Anna, en Venezuela, Ecuador y México, respectivamente.

Bilbao centra todas sus preocupaciones en el ataque al catolicismo en tanto religión que se pretende a sí misma como revelada y, por ello, negadora de las capacidades racionales del individuo. No es, sin embargo, que el autor de *La América en peligro* asuma una actitud de ateísmo. Lo que se resiste a aceptar son los principios en los que se asienta y con los que se cobija el catolicismo: principio de autoridad, negación de la libertad del individuo (pensamiento, culto, etc.) y uso acrítico de la razón, entre otros.

En descargo de sus posibles posiciones ateas o agnósticas están, por ejemplo, las frecuentes expresiones de tinte religioso que aparecen en sus escritos y las constantes alusiones que hace a los textos y personajes bíblicos y al mismo Jesús, a quien respeta y admira como favorable a la causa del hombre. No renuncia, ni siquiera, al uso de la palabra *religión* como referencia última al ámbito de lo sagrado. Todo ello lo reduce, sin embargo, a lo específicamente racional. Bilbao es un convencido librepensador y de esto quiere contagiar a sus contemporáneos para llevar a cabo la emancipación intelectual de América del Sur. En buena medida, Bilbao vacía solamente a la religión cristiana de su contenido revelado y la deja al nivel de religión racional, muy a tono con las ideologías dominantes del momento.

Es sintomático al respecto cómo desde el inicio de su obra antes mencionada establece claramente que la única posibilidad que tiene

² Francisco Bilbao, *El gobierno de la libertad*, p. 71.

³ Francisco Bilbao, *La América en peligro*, p. 27

⁴ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1970, p. 269.

América para sobrevivir es llevando a cabo el proyecto republicano y para ello es preciso la aplicación de la ley que comprende la fusión de la religión y de la política. Se trata en este caso, por supuesto, de una religión apoyada en la razón, pero religión al fin, y no en la revelación, como pretende el catolicismo.

La recia oposición de Bilbao al catolicismo, como religión basada en el principio de autoridad, que conduce a la obediencia ciega, cobra explicación y sentido en el contexto de la próxima celebración del Concilio Vaticano I (1869-1870) en el que se definiría el dogma de la infalibilidad papal, mismo que encontró oposición aun en algunos sectores de la Iglesia, tales como los veterocatólicos: Dellinger, Brentano, etcétera.

La tragedia de la América hispana radica, para Bilbao, en que el catolicismo ha negado de un plumazo, en nombre de la prioridad de la religión revelada, cualquier forma de actividad política que no responda a sus principios e intereses. De esa manera, bajo el catolicismo, por su repulsa a la democracia, los gobiernos se convierten en teocracias.

Ilusionado como está por las nuevas ideas adquiridas en su larga estancia en Europa, Bilbao considera al catolicismo como una religión en decadencia. El universo racional habría de echar abajo toda construcción ideológica edificada en siglos por la Iglesia católica. Mientras las ideas sobre la razón van en ascenso y apuntan inexorablemente hacia una nueva era, el catolicismo está en su ocaso,⁵ forma ya parte del pasado y ha de rechazarse si se quiere avanzar con la mirada fija en el porvenir. Por eso, los países recién venidos a la independencia han de apurarse a sentar las bases de la nueva religión, la religión de la ley, única que garantiza el libre pensamiento.

Para Bilbao se trata, entonces, de empezar a construir las nuevas naciones sobre la base de la fe racional, única que permitiría superar la idea de la religión como dominio y, por tanto, de alcanzar la soberanía del individuo. Es claro a este respecto. Se siente llamado a luchar y dar su vida por esta causa. En la parte final de *El evangelio americano*, ensayo dedicado a Juan Chassaing y a Francisco López-Torres, "servidores de la verdad-principio", señala:

Ésta es, pues, mi tarea desde que pensé por mí mismo. Hace veinte años que trabajo en el mismo sentido, porque creo que la libertad, sin la soberanía absoluta de la razón de cada uno no puede subsistir ni manifestar las maravillas

⁵ Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, p. 85.

del espíritu creador del hombre libre y contribuir voluntariamente a su propio suicidio como en España y Francia con la perfidia. Y agregaré: los hechos que en todas las repúblicas presencio, confirman la verdad de mi punto de partida. Dos terribles citaré: ¿Quién abrió el camino a la conquista en México? La Iglesia. ¿Quién hace traidor al gobierno del Ecuador? Los jesuitas.⁶

Para la creación de una América del Sur fuerte, la alternativa es, según Bilbao, en esos momentos, o el dogma católico que construye su mundo político como monarquía o el principio republicano que construye su dogma racionalista. No existe una tercera vía. Lo señala con meridiana claridad en los siguientes términos: “Para fortificar la América sería necesario o el predominio absoluto del catolicismo con todas sus consecuencias, como en Roma, o el predominio de la libertad, como en Estados Unidos”,⁷ país modelo, este último, de republicanismo, de interpretación individual del libro, de tolerancia entre semejantes y que al haber conquistado su soberanía sobre el dogma se siente también soberano en la política. Por supuesto, Bilbao no ve otra salida para estos países que el republicanismo en cuanto que sólo la encarnación de la soberanía de la razón emancipada podrá extirpar el “virus” de la “obediencia ciega”.

Por el momento, la debilidad de la América del Sur radica en el dualismo en que vive, en la permanente indefinición política que la mantiene en la ruina. En ese momento de definición, para Bilbao no caben los titubeos ni se justifica la “contradicción de principios”. Lo importante y urgente es que América sea, es decir, que se decida por uno u otro de los términos de la alternativa, pero que lo haga con fe.

Para sacar adelante el proyecto republicano habría que vencer la resistencia de “la inteligencia de los americanos a la excitación del pensamiento libre”, pero también la “conjuración tácita de los que se llaman pensadores, letrados, políticos para no tocar estas materias”.⁸ Sin esto, América del Sur seguirá siempre en el desastre y en la postración.

Juntamente con este rechazo radical a todo lo que venga del catolicismo, Bilbao muestra su oposición a la herencia española en América. España era para él, como lo señala en *Sociabilidad chilena*, la Edad Media de la que América se ha librado parcialmente

⁶ Francisco Bilbao, *El evangelio americano*, p. 65.

⁷ Francisco Bilbao, *La América en peligro*, p. 30.

⁸ *Ibid.*, p. 27.

a raíz de su independencia. Para él, hay que cortar de lleno con todo lo que huele a cultura hispánica en tanto que ésta impide la espontaneidad, la libertad del corazón y la aceptación de lo nuevo, es decir, todo lo que haría posible una verdadera sociabilidad en las repúblicas americanas. Y nuevamente muestra su radicalismo: si España representa la Edad Media, nuestra revolución, señala Bilbao, anuncia la Edad Nueva.

En aras o en razón del utopismo, en boga en su tiempo, que permea su obra escrita, condena sin concesiones el pasado español de América en tanto que, amalgamado con el catolicismo y la feudalidad, representa lo ya superado, lo sin futuro. Si una convicción está arraigada en Bilbao es justamente ésta.

Para él, en efecto, el catolicismo ha devenido simbolismo y fórmulas, como reminiscencias orientales para ejercer el dominio de las conciencias, y se ha alejado así del cristianismo que “fue el mayor progreso en materia de religión en cuanto a la rehabilitación del hombre”.⁹ El catolicismo es de origen paulino y no cristiano porque Pablo “no siguió la revolución social de Jesucristo”.¹⁰ El catolicismo niega la democracia matrimonial, instaurada por Jesús, en cuanto que somete la mujer al varón al colocar el privilegio en el más fuerte, el hombre; somete el hijo al padre, negando así que aquél también es persona y que su libertad es sagrada; somete el individuo al poder evitando el análisis, el pensamiento libre que es enemigo de la tradición; somete la inteligencia a las creencias, encadenando el pensamiento al texto.¹¹

Frente a estas ofensas a la dignidad humana, “tanto tiempo degradada”, Bilbao quiere que sus palabras se conviertan en “epitafio eterno”, para salir de ese “infierno de dolores” y para que los hombres de esta América bañen su rostro “en la luz del crepúsculo que se alza”. Ante tales aberraciones, no queda sino volver la mirada a la marcha incontenible de la humanidad, y sobre todo a las exigencias del momento, que ha enfilado decididamente sus pasos por los caminos de la razón.

Para alcanzar este punto es preciso empezar el análisis racional. El análisis como punto de partida para llegar a la verdad y, por ende, para ser libres. “El individuo necesita examinar para creer”¹² y

⁹ Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, p. 82.

¹⁰ *Ibid.*, p. 83.

¹¹ *Ibid.*, p. 85.

¹² *Ibid.*, p. 94.

comúnar es negar la fe, es someterse al imperio de su razón individual. Someterse a su razón es fiarse a sí mismo, tener confianza en sus fuerzas, es la exaltación del "yo humano", voluntario e inteligente, subjetivo y objetivo, es decir, individual y social, particular y general, humano y divino, poseyendo en la constitución de su esencia psicológica la base de la armonía universal.¹³

Hacia esa dirección apuntan los trabajos de la filosofía que buscan "dar una base científica a las creencias humanas".¹⁴ Todos están llamados a recibir el bautismo de la nueva ley de la libertad.

América del Sur no será libre en tanto no conozca su pasado medieval y lo supere, y en tanto no se encamine por los senderos de la revolución que, "con pasado o porvenir, ha salido de la Edad 'Nueva' de la Europa".¹⁵ Pero los revolucionarios no podrán lograr una organización lógica de la sociedad con reformas asentadas en hechos aislados, sino "en la unidad lógica de la revolución", poniendo como centro "la libertad del hombre, la igualdad del ciudadano... (y) la propiedad para cumplir su fin en la tierra" en el desarrollo de su vida intelectual, su vida física y la de sus hijos.

Para Bilbao la alternativa frente a su patria es clara: "O salimos de la revolución o no".¹⁶ Si Chile, y toda la América del Sur, salió victorioso de la revolución, entonces hay que completarla aplicando sus postulados o, en caso contrario, "definir lo que somos y cuál es nuestra tradición como nación".¹⁷ En todo ello se requiere de la educación (derecho de todos a saber) y de la propiedad (derecho de todos a tener), pero se trata de aquella educación que es libre porque es revolucionaria y porque conduce a la lógica de la libertad, única que puede traer, por una parte, la elevación de las masas a la soberanía nacional y, por otra, la realización de la democracia. Se tendrá, entonces, un pueblo con asociación y no un pueblo rebaño. "La elevación a la soberanía de todos los individuos, es decir, a la fraternidad de la libertad es el punto definitivo que tenemos".¹⁸

Nada más justo que la revolución que dio vida a América, pero justamente por ello, al constatar el estado de postración de las naciones americanas, por la no realización de sus principios, Bilbao tilda a esa revolución de infecunda. Porque no se ha querido ir hasta

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 95.

¹⁵ *Ibid.*, p. 92.

¹⁶ *Ibid.*, p. 101.

¹⁷ *Ibid.*, p. 94.

¹⁸ *Ibid.*, p. 122.

el fondo, a la raíz. “Lo radical —señala— es lo universal, la libertad, y ¿qué se hace para despertar al pueblo, para darle voz, para poner en sus manos la antorcha, para hacerlo que se sienta dueño de sí mismo, con el poder de hacerlo todo?”.¹⁹

El papel histórico de América en el mundo tiene, por supuesto, sus implicaciones políticas. Podrá desempeñarlo en la medida en que la democracia arraigue en ella, y no sólo como modelo de relaciones políticas entre las naciones, sino también como modelo de relaciones sociales entre los individuos. En *El evangelio americano* Bilbao apunta que la verdadera democracia ha de expresarse “desde la aldea hasta las capitales” y, en *El gobierno de la libertad*, escrito a raíz de la llamada revolución de la honradez en Perú, en 1853, hace más explícita, como liberal radical, su idea sobre la democracia. En ese momento plantea que el programa de reformas que se introduzca para lograr mejores condiciones de vida a los negros e indios, “sea discutido por la prensa y en los clubes populares... para inocular el genio revolucionario, para que el pueblo fuese exigente en sus ideas, conociese a los hombres, y para que los candidatos recibiesen el mandato formulado por el pueblo”.²⁰

Bilbao habla de una verdadera democracia representativa con una real participación social. ¿La democracia, entonces, no como tarea y privilegio de unos pocos, sino como un valor para todos? El contenido atribuido por Bilbao a la palabra *pueblo*, ¿incluye a esos todos o la reserva únicamente para los sectores medios e ilustrados?

La democracia republicana de la que habla y por la que lucha Bilbao ha de ser un sistema incluyente en cuanto debe extenderse a todos. ¿También los indios tienen derecho a vivir en democracia y a constituirse en ciudadanos? En su escrito *Los araucanos*, Bilbao hace un análisis de la cuestión indígena y fija claramente su posición. Lo hace, por supuesto, desde su condición de pensador ilustrado. Desde ahí plantea una teología de la razón para explicar la problemática indígena y las acciones para resolverla. Conviene recordar al respecto que de niño leyó *La araucana*, de Alonso de Ercilla y se hizo de una idea romántica sobre el indio; su único hijo llevó el nombre de Lautaro, héroe de los araucanos que dio muerte a Pedro de Valdivia.

“La cuestión del Arauco es la cuestión de Chile, la de Chile lo es también de las repúblicas hermanas”.²¹ Idea luminosa y actual.

¹⁹ Francisco Bilbao, *El gobierno de la libertad*, p. 70.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Francisco Bilbao, *Los araucanos*, p. 135.

Al indio o se le destruye o se le regenera, señala. "Chile no debe destruir a los araucanos", como pretendió hacerlo la conquista. Si Chile quiere enfilarse al progreso, ha de formular una política de regeneración para los araucanos que tome en cuenta tres condiciones básicas: sacrificar lo prescindible, conservar lo indispensable y agregar lo que falta para que los araucanos se incorporen al progreso. Dialéctica hegeliana de la historia, entendida ésta como "el tiempo aspirando a la eternidad".²²

¿Cómo, de qué manera llevar a cabo esa regeneración? En primer lugar, imponiéndose uno mismo, lo que se quiere imponer a los demás. En segundo, el ejemplo, es decir, comportarse con los indios como "verdaderos republicanos en la esfera pública y privada"; en tercer lugar, por medio de la comunicación física, facilitando a los indios los medios necesarios para el comercio, y la comunicación de los espíritus mediante "el estudio de su lengua y la exaltación del amor de los nuevos misioneros".²³

Los ciudadanos de hoy son los sacerdotes de ayer y son aquellos quienes han de llevar la salvación, mediante la luz de la razón, a los araucanos. Éstos creen en Dios en la persona del sacerdote "de donde nace la igualdad", pero les falta el verbo, "de donde nace la fatalidad de la libertad" y el amor, "de donde nace la fraternidad entre la libertad y la igualdad".²⁴

Bilbao lleva aquí su condición de ilustrado hasta sus últimas consecuencias. Negación radical del pasado hispano-católico de la América del Sur; transposición de la fe y del lenguaje cristianos a la fe y al lenguaje racional, vehículos válidos estos últimos para la emancipación de los individuos y la constitución de éstos en ciudadanos; urgencia de una política especial para regenerar al indio, por la vía de la incorporación al progreso de corte occidental, con la consiguiente negación de sus formas de vida. Se esbozan con ello las primeras formulaciones del indigenismo.

Su condición de ilustrado permitió a Bilbao ver a los indios como iguales pero, a pesar y por encima de su visión romántica sobre ellos, no alcanza a valorarlos como diferentes. No logra desprenderse totalmente de sus prejuicios contra el indio. Bien intencionado, sin duda, pero deslumbrado por el modelo estadounidense, los indios seguían siendo una rémora para el progreso a quienes había

²² *Ibid.*, p. 129.

²³ *Ibid.*, p. 133.

²⁴ *Ibid.*, p. 131.

que llevarles la luz. Los chilenos deben evitar cualquier abuso y violencia contra los indios, dando ejemplo, y aquí cita a Bartolomé de Las Casas, de paz y caridad para atraerlos e incorporarlos al progreso. Lograr lo anterior implica, a su vez, la creación de escuelas y la formulación de un proyecto de educación permanente que conduzca al nacimiento espiritual de los indios, de manera que se haga posible la unión entre “los que se creen hijos de diverso padre”.²⁵

Lo que les falta, entonces, a los indios para equipararse al resto de los ciudadanos les ha de llegar de fuera, pues por sí mismos son incapaces de lograrlo. Los sujetos portadores de la emancipación son, por tanto, los ciudadanos que rigen su acción movidos por la razón. Lo dice textualmente: “es a nosotros a quienes toca completar la trinidad divina”,²⁶ y más adelante:

Salga el apóstol lleno de la fuerza inmaculada, llevando en su corazón la palanca que levanta las montañas; encienda la centella divina en el alma de los araucanos; muera cada día en una exhalación de amor, en un acto de sacrificio; arranque el misterio que cubre esas almas taciturnas; identifiqúese en sus colores; invoque el espíritu encadenado en esas organizaciones de fierro; asista al milagro de la iluminación interna, unificados en el momento infinito, pronuncien a un tiempo el misterio de la eternidad y de los tiempos: Dios y libertad.²⁷

En la concepción de Bilbao sobre el indio aparece una clara intencionalidad y voluntad mesiánico-prometeica desde los parámetros ilustrados. Se sitúa así entre los primeros liberales en plantear la necesidad de dar cuerpo a una política específica hacia el indio, misma que se plasmaría más tarde en las políticas indigenistas en evidente agonía hoy en América Latina.

2. Adscripción teórico-literaria al romanticismo

MOMENTOS particularmente turbulentos y de efervescencia política en Europa y América son aquellos en los que Bilbao tiene que desplegar su acción combativa y realizar su obra escrita. En América es la época de la formación de las nuevas nacionalidades cuando ya los próceres habían desaparecido y dominaban el escenario los caudillos con ambiciones de poder. Bilbao pertenece, por así decir,

²⁵ *Ibid.*, p. 134.

²⁶ *Ibid.*, p. 131.

²⁷ *Ibid.*, p. 133.

a la segunda generación de escritores y políticos que pugnan por definir y precisar el ser de la América del Sur. En él, esa doble actividad marchó al parejo sin conocer descanso en cuanto a fogosidad y pasión. Fue, por lógica, fiel hijo de su tiempo, cuando la "loca de la casa" se expresaba mayoritariamente en escritos y empresas permeados por un cierto romanticismo social.

En lo literario, el romanticismo con Félix de Lamennais, Victor Hugo, Alfred de Musset, George Sand, Edgar Quinet y Jules Michelet (a estos dos últimos dedica su ensayo *La América en peligro*), pervadía el ambiente de la letras; en lo político, a la reacción monárquica que cobraba fuerza bajo el impulso de los conservadores, los liberales oponían las ideas republicanas que garantizaban el reconocimiento y respeto a los derechos individuales y sociales; en lo social, el socialismo, en su doble o múltiple vertiente, con Saint-Simon, Fourier, Owen, Victor Considérant y, en la otra ribera del socialismo, Marx y Engels con su énfasis en el carácter científico, agitaban la sociedad. En su patria, las dos personalidades más cercanas intelectual y afectivamente a Bilbao fueron, quizás, Andrés Bello, de quien se llama "afectísimo amigo y discípulo", y José Victorino Lastarria, destacado liberal chileno.

Bilbao no podía escapar a tan fuertes influencias del ambiente. Impulsado por ellas trata de vivirlas y aplicarlas en su propio contexto. Sus convicciones personales, sus aspiraciones más sentidas, y los medios para realizarlas, su confianza desmedida en la razón, la ciencia y el progreso lo emparentan definitivamente con las ideas y personajes más representativos del socialismo utópico decimonónico.

Las condenas del pasado, y del presente, en la América del Sur, que con tanta fuerza y frecuencia aparecen en Bilbao, le conducen a depositar su fe en el futuro. Entiende, por ejemplo, que sólo la organización lógica de las sociedades americanas haría posible en ellas la realización "de la igualdad de la libertad", esto es, en sus mismas palabras, del "Paraíso de donde hemos sido despojados", del "Reino de Dios acá en la tierra".²⁸ En esa misma línea de pensamiento, utópico, por un lado, y romántico y liberal-radical, por el otro, se ubica su adscripción a la Sociedad de la Igualdad a la que pertenecían otros connotados intelectuales chilenos.

En el contexto de efervescencia social en Europa, y en América, en el que surge y opera dicha sociedad se entiende a cabalidad el programa que a través de ella se pretende llevar a cabo. Se trata,

²⁸ Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, p. 100.

en efecto, de un programa en el que aparecen los rasgos definitivos del socialismo utópico, formulados, entre otros, por Santiago Arcos, hijo de madre chilena y de un banquero español. Pertenecer a ella significaba reconocer la soberanía de la razón, del pueblo y del amor y la fraternidad universales, mismos que debían expresarse en acciones tales como quitar las tierras, el ganado y los aperos a los ricos para darlos a los pobres. Demandar eso en el Chile de mediados del siglo XIX puede resultar lógico en Bilbao, pero no en la mayoría de sus conciudadanos. Se entiende en él porque lleva sus ideas igualitarias a un grado extremo de radicalismo romántico por el cual es capaz de ofrendar su vida. En él la idea y la acción se compaginan en forma natural. Pero no todos están hechos de la misma madera.

Hay en Bilbao una visión utópico-romántica sobre América cuando considera, muy hegelianamente, que en un futuro, ¿próximo?, será posible la fusión del genio sajón americano con el américo-europeo como "síntesis de la civilización de América",²⁹ misma que significará la salvación definitiva del Viejo Mundo, pero también de lo que él llama "el hombre soberano".³⁰ Esta concepción bilbaína se compagina con la idea generalizada en la Europa del momento de considerar a América como la tierra de promisión, el espacio geográfico propicio para la realización de la libertad individual y social. Es la época de la inmigración europea a América. Pero también esta idea se emparenta con tantos otros proyectos utópicos elaborados desde Europa, anteriores y contemporáneos a Bilbao, para ser realizados en América o concebidos en América por americanos, empezando por Miranda y Bolívar.

Su confianza ¿ciega? en la razón no impide en modo alguno el libre curso de las emociones y sentimientos en aquellas causas que considera justas y necesarias, en particular la causa de la América del Sur. Congruentes con esa idea son tanto sus escritos llenos de pasión, fuego y lirismo, como su misma acción política. Bilbao es de esos raros especímenes humanos que quieren avanzar a zancadas y a fondo y por ello conjuntan el decir y el hacer para acelerar el cambio aunque corran en sentido contrario. Y por eso sus escritos y sus acciones fueron, en más de una ocasión, y en su afán e intención redentora, causa de censura, represión y exilio, expresados en su expulsión del Instituto Nacional, en la quema de su ensayo *So-*

²⁹ Francisco Bilbao, *El evangelio americano*, p. 58.

³⁰ *Ibid.*

ciabilidad chilena, en su peregrinar como exiliado en Perú, Ecuador, Europa y Argentina.

Bilbao es, en su sociedad, uno de esos hombres que resultan incómodos y a quienes hay que mantener a distancia. Hacen, dicen o escriben, o todo a la vez, a borbotones porque quieren acortar la distancia entre lo que la realidad es y lo que se quiere que sea, entre un pasado que consideran de desastre y un porvenir que promete todo. Y para ello no se permite la mínima concesión en cuanto a principios se refiere. Es éste, quizás, el elemento más original y valioso en Bilbao. Romántico, como muchos otros latinoamericanos de su época, no rehúye, por lealtad a sus principios, las emociones fuertes en cuanto que prevé bien la reacción que su escrito o su acción suscitará en los demás. Es, en este sentido, un provocador, por innovador, y su lenguaje lo delata.

El título de cada uno de sus escritos deja ver las preocupaciones del autor sobre la problemática social, política y educativa de América, mismas que pueden ser referidas al presente latinoamericano: republicanismo con división de poderes, soberanía de los Estados, liberación de la conciencia, etc. Su obra escrita es importante hoy en la medida en que pone de relieve las necesidades más urgentes del momento para la América del Sur: la independencia intelectual de los americanos y la unidad continental como una asociación en libertad. Pero lo es también porque en ella se retrata a sí mismo como un hombre urgido a la acción, con coherencia de convicciones, para satisfacer esas necesidades.

La prisa misma por cambiar el orden de cosas en su país y por influir en la conciencia del mayor número posible de compatriotas le hace no esperar la producción de una obra escrita amplia y acabada, sino acudir al escrito ágil y cuidado para ser servido cuanto antes al lector. En este sentido, el ensayo es el género literario más frecuentado por Bilbao, al tiempo que acude al periodismo como medio para difundir sus ideas. Periódicos y revistas como *El Crepúsculo*, en Chile; *El Porvenir* y *El Comercio*, en Perú; la *Libre Recherche*, en Francia; *Revista del Nuevo Mundo*, en Buenos Aires, conocieron de su actividad ideológica por medio de la prensa.

Particularmente reveladores en estos aspectos son sus escritos epistolares. Cada una de sus cartas es como una pincelada en la que aparecen las obsesiones que le persiguen en sus ensayos (revolución, republicanismo, razón, unidad de América). Destilan intimidad, nostalgia, pasión y, más aún, lealtad a sus convicciones. Sus obsesiones políticas aparecen ahí como en un escaparate a pequeña

escala en el que se ofrece en toda su desnudez el objeto vendible, en este caso, su idea de América y cómo realizarla.

La contradicción marca la vida de Bilbao. Se mueve entre dos puntos. En sus escritos hay sentimiento, pero domina la razón como motor de su pensamiento; se apropia de las letras francesas, pero se ve obligado, por sus convicciones, a rechazar la Francia imperial y aun al pueblo que la tolera; admira a Estados Unidos, prototipo de nación moderna y libre, pero previene a los americanos del sur contra sus ambiciones imperiales; es un anticatólico confeso, pero no logra romper totalmente la dependencia de su formación católica. Todo esto parece hacerle vivir en una permanente angustia porque constata cómo sus sueños y sus esfuerzos por realizarlos, son diferidos. ¿Dónde ubicarlo entonces? ¿Utópico, romántico, anarquista, radical? Su fe ciega en la razón y su pasión natural lo hacen ser todo eso a la vez.

3. *Pensador continental y universal*

UNA de las preocupaciones centrales del pensamiento y de la acción de Bilbao fue, sin duda, la preservación y la puesta en marcha de la utopía bolivariana de la unidad de las nuevas repúblicas. El título mismo y el contenido de sus escritos se mueven en esa dirección. Lamenta el tiempo que se ha perdido para lograr una América del Sur fuerte y unida y es de los primeros en referirse a la gente de esta parte del mundo con el calificativo de *raza latinoamericana*, que debe mantener la fe en sí misma para ser capaz de agregar, a la independencia conquistada, la asociación de nuestros pueblos. Para ello, América debe ser capaz de recuperar su conciencia de ser. Esta idea es decisiva dentro del radicalismo bilbaíno.

Late en Bilbao una intención utópico-romántica sobre la unidad de América, “heredera, no de las tradiciones de Europa, sino de las utopías de sus genios”.³¹ Bolívar intentó la unidad de América. La intentó el Congreso de plenipotenciarios de Lima: “hoy nosotros la intentamos”, dice Bilbao el 22 de junio de 1856, en París, ante más de treinta representantes de las repúblicas desunidas del sur. ¿Cómo lograr ese intento? No ve otra posibilidad, y lo señala no sólo en el “Post-dictum” a su *Iniciativa de la América: Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, sino en la identificación del destino de esta parte de América con la república.³² Esa identifica-

³¹ Francisco Bilbao, *El congreso normal americano*, p. 142.

³² Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América*, p. 140.

ción implica salvar la personalidad de cada uno de los americanos mediante el desarrollo integral de todas sus funciones y derechos; salvar la independencia territorial amenazada por la invasión extranjera y por la división de los Estados; unificar el corazón y la voluntad de América.

La unidad en la que piensa Bilbao no es, ciertamente, la que implica el dominio de unos sobre otros, sino la de la identidad y la asociación del derecho. Tal es, en ese momento, la *Iniciativa* que ha de tener la América del Sur ante la humanidad llamada a ser libre por el desarrollo, la ciencia y el progreso. La unidad sería así la “segunda campaña” de América.

Esta concepción de la unidad rebasa los marcos puramente políticos; Bilbao va más al fondo, pues desea la “unidad del alma de la América”.³³ Por eso habla de “unificar el pensamiento, unificar el corazón, unificar la voluntad de la América”³⁴ para darle una personalidad propia en dirección republicana y separarla así definitivamente de la Europa monárquica del momento. La América del Sur, a semejanza de la América sajona que había iniciado su despegue hacia el progreso, estaba también llamada a sacar adelante la iniciativa republicana, como contribución a la “creación moral del nuevo continente”.³⁵

Frente a la unidad como dominio que han puesto en operación otros pueblos y naciones, que es “la unidad que no queremos”, Bilbao plantea la unidad como “asociación de las personalidades libres, hombres y pueblos, para conseguir la fraternidad universal”.³⁶ Frente a las agresiones contra la América del Sur, por parte de la América sajona, que en su mejor tradición es representante nata de la iniciación republicana, Bilbao reclama, en un tono que vale la pena recoger en el momento presente: “Obras pedimos y no palabras, práctica y no libros, instituciones, costumbres, enseñanza, y no promesas desmentidas”.³⁷

El escritor chileno piensa ante todo, por una parte, en las agresiones de la América sajona contra México y en los esfuerzos por separar a Panamá de Colombia y, por otra, en la planeada intervención de la Francia de Napoleón III en México. Frente a esta última

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Francisco Bilbao, *El congreso normal americano*, p. 144.

³⁷ *Ibid.*

da el grito de alerta y llama a la solidaridad con el país en peligro de ser invadido: "Todo se perderá, si no queremos despertar, si nos entregamos a la fatalidad, si no hacemos de la causa mexicana la causa americana".³⁸

El eco de las palabras bilbaínas llega hasta hoy cuando señala que fronteras, razas, repúblicas y nueva creación moral, todo peligra, si dormimos,³⁹ porque el coloso juvenil que son los Estados Unidos del Norte sí cree en su imperio con el que amenaza a los Estados desunidos de la América del Sur. Nuevamente, Bilbao acude a la necesidad de tener fe y confianza en las propias posibilidades, en tanto que individuos y naciones, como elemento necesario para salir adelante. Lo repite en más de una ocasión y en una y otra forma. Coincide en ello con lo que escribiría José Martí acerca de que "los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses".⁴⁰

Hay casi una enfermedad patológica en su admiración por los Estados Unidos como nación prototipo de los nuevos tiempos, en la que se da la emancipación de la razón, el triunfo del republicanismismo a partir del rescate del individuo y no le regatea calificativos positivos, pues esa nación "ha dado esta palabra: *self-government*, como los griegos la autonomía; y lo que es mejor, practican lo que dicen, realizan lo que piensan, y crean lo necesario para el perfeccionamiento moral y material de la especie humana".⁴¹

Bilbao no teme al poder de la América sajona, expresa su admiración hacia ella y estimula a sus pares latinoamericanos a entrar al palenque, pero no aislados, sino unidos.

Bilbao ofrece para ello una pregunta y una respuesta también de actualidad en esta época de globalizaciones y de mercado único y en esto muestra congruencia entre lo que desea para la América del Sur y el camino de apertura lúcida hacia el país que en ese momento se encaminaba, unido, con éxito hacia la Nueva Era. Esta idea se adelanta algunos años a lo expresado por Martí en relación con la manera en que estos países han de incorporar los elementos positivos que ofrece el exterior: "Injértese en nuestras Repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas",⁴² escribe el prócer cubano. Ni entreguismo fácil, ni repliegue timorato,

³⁸ *La América en peligro*, p. 29.

³⁹ *El congreso normal americano*, p. 147.

⁴⁰ José Martí, "Nuestra América", en *Latinoamérica: Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (México, CEL-UNAM), 1978, p. 6.

⁴¹ Francisco Bilbao, *El evangelio americano*, p. 61.

⁴² José Martí, *op. cit.*, p. 8.

sino apertura con sabiduría y dignidad. Se trata de crear, no de copiar. Idea coincidente con la visión de Bilbao: “¿Cuáles serán nuestras armas, nuestra táctica?”, se pregunta, y ofrece la respuesta:

Nosotros que buscamos la unidad, incorporaremos en nuestra educación los elementos vitales que contiene la civilización del norte. Procuraremos completar lo más posible al ser humano, aceptando todo lo bueno, desarrollando las facultades que forman la belleza o constituyen la fuerza de otros pueblos. Hay manifestaciones diferentes pero no hostiles de la actividad del hombre. Reunirlas, asociarlas, darles unidad es el deber. La ciencia y la industria, el arte y la política, la filosofía y la naturaleza deben marchar de frente, así como en el pueblo deben vivir inseparables todos los elementos que constituyen la soberanía: el trabajo, la asociación, la obediencia y la soberanía indivisibles. Por eso no despreciaremos, sino que nos incorporaremos, todo aquello que resplandece en el genio y en la vida de la América del Norte.⁴³

Pero la visión unitaria de la América del Sur de Bilbao no se detiene en lo regional, en lo cercano por la cultura y la historia. Alcanza, por el contrario, una proyección universal. Su aspiración a un gobierno de la libertad por la emancipación de la razón supone una negación clara, contundente, de cualquier manifestación del *ancien régime*, venga de la Rusia zarista, de la Francia de Napoleón el Chico o de la Roma papal, centros imperiales que encarnan la tiranía del dogma religioso que impide el desarrollo de la razón hacia la libertad del individuo y el derecho de todos a la felicidad. Bilbao parte de esa premisa y concibe a la sociedad universal como una fraternidad de individuos libres.

Para las indecisas y tambaleantes repúblicas de América del Sur, pero también para toda la humanidad, la alternativa de gobierno es o el zarismo, como encarnación de lo irracional, es decir, “la autocracia absoluta o creación de un monstruo” o el populismo, en el mejor sentido del término, en cuanto “gobierno directo del pueblo”.⁴⁴

En este punto, nuestro autor se fija como prototipo de populismo la organización política de los romanos en cuanto que la autoridad estaba asentada en el Senado y en el pueblo. En una paráfrasis de la expresión latina *Senatus Populusque Romanus*, Bilbao expresa su pensamiento ilustrado en su sentencia: *Libertas populusque, Humanitas*. Con ello, desde la lógica del escritor chileno habría que

⁴³ Francisco Bilbao, *El congreso normal americano*, p. 149.

⁴⁴ Francisco Bilbao, *El gobierno de la libertad*, p. 71.

pensar no sólo en términos de nación, sino en términos de humanidad: llamamiento universal a la libertad y, para él, el momento ofrece una oportunidad única para iniciar “una reforma sin ejemplo en el mundo”, y para tal tarea los pueblos son los convocados. De ellos su suerte. A nadie acusen si no quieren ser libres. La libertad es también responsabilidad y todos y cada uno son responsables de su inacción o indiferencia.⁴⁵

Texto incendiario, romántico, de Bilbao que parece quemarse en ansias de la emancipación intelectual para América y el mundo. Una emancipación que debía llegar y no llegaba. Sus ansias eran consumidas por un fracaso tras otro. Nunca cejó, sin embargo, en sus convicciones revolucionarias, aquellas que sí faltaban a los conductores de la política en las nuevas naciones.

Desde su juventud hasta su vejez, Bilbao pudo constatar lo que con un dejo de desengaño escribió en su ensayo *El gobierno de la libertad*: “Veo la Revolución, pero no veo revolucionarios, veo la idea y no veo los espíritus que de ella se apoderen”.⁴⁶ Lo mismo pudo haber dicho de la democracia, de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad y de tantas otras palabras claves en el proyecto de la modernidad. Estaba ya lo abstracto como realidad, pero faltaba lo concreto que aporta cada uno de los humanos. Traídas a la palestra actual de América Latina, esas palabras resultan reveladoras.

América Latina se ha quedado sin la encarnación concreta de lo que el contenido de esas palabras significa. A mediados del siglo XIX se negaron sin más los aportes de la modernidad o se les quisieron imponer a la fuerza, bien porque los conservadores se aferraron a modelos no democráticos perdiendo la perspectiva de futuro, bien porque los liberales ilustrados quisieron hacer tabla rasa del pasado. En uno y otro caso se deja ver el desprecio hacia las realidades concretas de lo que esta parte de América había sido y de lo que podría llegar a ser. A la postre, ni la negación ni la imposición de lo que venía de fuera, por bueno o malo que se considerara, resultó lo más conveniente para las nuevas naciones. La modernidad de América Latina ha sido, por ello, hasta hoy, una modernidad fallida.

Hoy el proyecto liberal republicano, tal como lo entendieron y pretendieron imponerlo los liberales decimonónicos, ha mostrado, en efecto, sus insuficiencias y limitaciones en toda América Latina. América Latina no es ni Europa ni Estados Unidos, en donde se

⁴⁵ *Ibid.*, p. 72.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 69.

gestaron los sueños de los ilustrados. De esa base se ha de partir para formular nuevos proyectos de nación en los que tengan cabida la diversidad de tradiciones políticas, económicas y culturales sin ceder a la tentación de querer imponer una visión única y excluyente. La fascinación que provoque cualquier proyecto, por muy atractivo que éste parezca, como fue el caso del proyecto ilustrado de los liberales latinoamericanos del siglo XIX, ha de tener siempre como referente y asidero a la realidad donde se quiera aplicar. Tomar para ello, como ejemplo, la voluntad decidida y la coherencia en los principios ético-políticos que refleja la obra de Bilbao (coherencia entre el decir y el hacer, entrega apasionada por una causa, liberación de la conciencia, republicanism con división de poderes, soberanía de los Estados, independencia intelectual, unidad continental como asociación en libertad, etc.) no es, de ninguna manera, algo despreciable. Repetir esquemas mentales sin confrontarlos críticamente con la realidad puede ser, por el contrario, desastroso.